

CAPITULO XIX

EN AMERICA

Después de una larga travesía, en la cual los vientos fueron enteramente favorables, nuestros viajeros arribaron, con gran regocijo, al puerto de Belén, ciudad capital de la Provincia del Pará, donde, seis ú ocho leguas al interior, radicaba la gran Hacienda de Miraflores, propiedad de Soldevilla. Este señor preguntó á las damas si deseaban conocer la ciudad, que es un tanto populosa y contiene buenos edificios.

Para las señoras, nacidas y criadas en la gran ciudad, denominada cerebro del mundo civilizado, emporio de la elegancia y el buen gusto, no tenía aliciente alguno visitar una población, si bien muy adelantada, nó comparable con París. Significaron, pues, al caballero, que gustarían más de irse pronto al interior; pero, que si era deseo del Papacito recorrerían la ciudad y con mucho gusto le acompañarían.

Don Guillermo, que no anhelaba otra cosa que llegar pronto á su casa, optó por alquilar un coche, con buen tiro de cuatro caballos, y tomando asiento en él con sus dos compañeras, emprendieron, ya al trotte, ya a galope, el camino de Miraflores. El equipaje quedó en un hotel hasta que de allá se mandara á buscar. A las tres horas de viaje, el coche rodaba por la avenida de grandes árboles que conducía á la casa habitación.

Don Gabriel Castañeda, administrador general de la hacienda, salió al punto á recibir á los viajeros. Soldevilla, después de abrazarle con afecto—pues era su compañero de largos años—, le presentó su esposa como así mismo á doña Antonia. Habiendo descansado todos un poco, tomaron algún refrigerio y después dijo Soldevilla:

—Señoras mías; me retiro á descansar un poco, Gabriel queda encargado de enseñarles la casa.

Este, haciendo señal de aquiescencia, comenzó á revisitar, con las damas, todo el edificio. La casa, muy grande, se desarrollaba en un solo piso, compuesto de gran salón y muchos cuartos comunicados entre sí por anchas puertas bien barnizadas y con llamadores dorados. Todas las piezas estaban decoradas con mueblaje al gusto moderno. Los balcones se veían por do quiera y las cortinas de bruselas, de las ventanas, se recogían graciosamente á los lados con abrazaderas doradas. Casi todas las piezas tenían en los pisos, en vez de alfombras, esteras finísimas, y otras hualdos de bonitos dibujos. En el salón había consolas sosteniendo grandes lunas de Venecia, al pié de ellas artísticos floreros, aguardaban los hermosos ramos que, en tiempos, allí se colocaban. Los juguetes de adorno pululaban por doquiera. El sofá y sillera eran de brillante caoba con tapicería de damasco azul: se conocía que en otros días habitó allí mujer elegante. . . . Si los muebles, á pesar del tiempo, se conservaban en perfecto buen estado, era porque siempre habían permanecido enfundados. Don Gabriel, al recibir la noticia del regreso de Soldevilla, que éste por cable le comunicó, y que traía nueva esposa, apresuróse y mandó limpiar todas las habitaciones, poner cortinas y quitar fundas. Hé aquí el secreto del juvenil aspecto que presentaban todos los departamentos de la gran casa. Los jardines que rodeaban la mansión—muy bien cuidados—estaban atestados de atractivas flores, tanto nativas, como exóticas; éran aquellos, soberbios verjeles, cuyos aromáticos perfumes saturaban deliciosamente el cercano ambiente, introduciendo sus gratos efluvios hasta los aposentos interiores. Armida y doña Antonia estaban encantadas viéndose en una casa mucho mejor que aquella que un tiempo habitaron en París.

—Papacito—dijo Armida—¡Qué casa tan bonita tiene Ud.! Parece como si aquí hubiera habitado alguna dama elegante. . . .

—No te equivocas, querida hija. Aquí vivió mi primera esposa.

—¡Ah! ¿Ud. fué casado?

—Sí, niña mía. Pero soy viudo hace muchos años. Todo se conserva nuevo, porque en memoria de mi Luz, yo he tenido cuidado de mirar por lo que fué suyo. Si á tí no te gustan estos muebles y adornos, puedes cambiarlos, porque estás en tu casa.

—Muchas gracias, Papacito; nunca cambiaré este mobiliario, porque es muy bello y por que le gusta á Ud.

Mientras hablaban los señores, don Gabriel había pegado la hebra con doña Antonia y habiendo sostenido largo diálogo, ya comenzaban á simpatizar.

El Administrador era un trigüeño de hermosa presencia frisando apenas en los treinta y cinco años, sospechándose acaso en él, algún imperceptible rasgo africano que por otra parte, en nada afectaba el conjunto simpático y varonil. Nunca había querido casarse, porque siendo furibundo partidario de la selección, no quería formar pareja con otra morena como él. Si no hallaba una mujer blanca, muy blanca, con quién casarse, no se casaría nunca. Él sabía muy bien que tenía su puntita de Africa..... tal vez era cuarterón—cosa no rara en un pueblo de pocos blancos; en donde están en mayoría los negros, mulatos, indios y mestizos. La minoría blanca generalmente radica en los centros populosos..... Muchachas bonitas las había á granel; pero, la que más, la que menos, todas tenían su tantico del pigmento aquel, revelador de la raza.—Pues, señor—decíase en su fuero interno—; no me caso! ; O con blanca, ó con ninguna! Y hé aquí como el bueno de Castañeda, al ver á doña Antonia, creyóse haber hallado de manos á boca, su media naranja. Ya sabemos que el aya apenas era de veintiocho, ojos azúlez, pelo negro y sobre todo, blanca, muy blanca, como el sujeto la pedía para la ambicionada selección. Huelga aquí decir que desde luego se declaró su amartelado. No había que perder tiempo; podría venir otro..... ya se sabe que cuando el buen género escasea es muy buscado..... Las señoras, en un mismo cuarto, como allende los mares, y los señores cada uno en el suyo, durmieron perfectamente aquella noche; sin embargo, en sus ensueños cada cual tuvo su respectiva visión. Armida vió sus millones empleados en gran obra de beneficencia. El aya oyó las propuestas matrimoniales de don Gabriel: éste se vió padre de un pequeño muy blanco y rosado, y Soldevilla, se daba al parabién por haber enriquecido á una jovencita tan digna del bienestar que proporciona el dinero.

Todos ellos despertaron felices. Después del almuerzo salieron á ver algo de la hacienda; poco, porque tenía muchas millas de largo y no era cosa de recorrerla á pié. Las damas estaban absortas contemplando la exuberante vegetación que, por do quiera, desplegaba sus galas. De los altos, seculares árboles penden guirnaldas de bellas, variadas parási-

tas; otros cubiertos de largos musgos blancos, figuran gigantes de canosa cabellera. En medio de esas arboledas pájaros de brillante plumaje: un sin número de loros y cotorras, periquitos y guacamayos, entonan discordante algarabía, mientras revuelan del aguacate á la palmera, de ésta al mango y al guayabo, ó bien se dejan caer de improviso sobre extensos maizales, ya en sazón.

—¿Qué te parece, Antonia? ¡Esto es más grandioso que allá! He visto varios de esos pájaros enjaulados; pero se presentan más deliciosos contemplándolos en su vida libre, según la Naturaleza.....

—¡Oh sí! allá no hay aves de tan bonito plumaje, ni árboles tan majestuosos. No hay duda, ¡éste es un pedazo de mundo, de los privilegiados!

Don Guillermo, por su estado de delicadeza, no fué al paseo. Las señoras y don Gabriel, halláronle en el salón sentado en una mecedora, hojeando por distracción, un magnífico album lleno de viñetas.—¡Ay, papacito, le hemos dejado solo mucho tiempo!—dijo Armida—,pero la vista de esos campos encantadores y de sus alados habitantes, nos ha detenido.....

—Ya tendrás tiempo de ir admirando todas las bellezas de esta comarca.

—Papacito, quiero pedirle un favor.

—Todos los que quieras, niña.

—Pues quiero tener un caballito para aprender á montar.

—Muy bien. En el Cerco hay por lo menos cien caballos de silla; entre ellos una yegüita baya con la crin negra: es de paso, muy fina. Me parece á propósito para que te ejercites en la equitación. Anda, Gabriel, trae la baya para que Armida comience sus lecciones. Tú que eres buen jinete, serás su maestro; en otro estado lo sería yo; pero ya mi poca salud me impide darme ese placer. Mientras Castañeda fué por la bestia, Armida y el aya rodearon á Soldevilla, tratando de alegrarlo un poco. Ya sabemos que doña Antonia tenía mucho gracejo, y no le faltó algún chiste con qué hacer sonreír al enfermo; ella, más apta que Armida para emplear giros y metáforas en la conversación vulgar, se proponía distraer á don Guillermo de cualquier modo. La jovencita no era aparente para inventar chascarrillos, que por fuerza tenían que hacer reír; era muy niña, y no había cursado en las sociedades donde tanto se charla, sin decir cosa alguna de provecho..... rectificamos: esa clase de

conversaciones divierte á las gentes, haciendo reir á muchos que, tal vez allá en su fuero interno, sufren la nostalgia de alguna perdida felicidad....!

Llegó don Gabriel conduciendo una bonita yegua baya con larga crín negra. Había sillas en la casa y desde luego comenzó la primera lección. Castañeda, montando en brioso caballo, iba al lado de Armida sin dejar salir del paso á la baya. Desde la casa se extendía una gran llanura que terminaba orillas de un río: este es un brazo desprendido del caudaloso Amazonas, que, después de correr algunas leguas, iba á echarse en el mar cerca de la ciudad Belén. Los ejercicios de equitación efectuábanse en ese llano. Comenzando desde la casa, los dos jinetes llegaban al río: desde allí retornaban para recorrer dos ó tres veces el mismo trayecto. A los cuatro días de lecciones, Armida galopaba sin miedo alguno. El maestro la enseñaba á evolucionar en todos sentidos. Aprendió á montar y apearse, sin ajena ayuda. Castañeda, conociendo las aptitudes de la discípula, dejaba, alguna vez, expofeso, la cincha floja, para que, conociéndolo la amazona, se apeara á componer por sí misma el desperfecto.

El aya y Soldevilla, desde una ventana de la casa, presenciaban siempre los ejercicios ecuestres, declarando al unísono que Armida era una completa amazona. El día octavo, el paso para el río fué al galope, pero al volver, ya la baya no venía al galope, sino que, á rienda suelta, emprendió el escape. Ya no había más que aprender. Se apeó, recibiendo el parabién de los espectadores, que la felicitaron por la rapidez con que había aprendido á manejar la yegüita. Entonces dijo Armida.

—Ahora, que ya sé montar, quiero que Papacito me dé permiso para visitar la Ranchería de los indios.

—Con mucho gusto, hija; pero la primera vez que vayas te acompañará Gabriel. El camino es llano y nó muy largo; más hay que aprender á ir allá. Cuando ya conozcas la senda, si te gusta hablar con esas buenas gentes, puedes efectuar sola el paseo; porque estoy plenamente convencido de que sabes manejar perfectamente tu yegua, dominando sus bríos en cualquier emergencia. Yo no cabalgo, porque mis achaques me lo prohíben; de otro modo, me daría el gusto de ser tu compañero en esas correrías. No quiero privarte de cualquier cosa que te divierta. Al fin, vivimos en el campo..... y acaso, por más bello que él sea, puede aburrirte.....

Armida, protestó enérgicamente—diciendo—; Nunca!

Papacito! Esta hacienda es tan hermosa; presenta aquí la Naturaleza tan bellas y grandiosas variedades, que—lo conozco—jamás podré fastidiarme contemplando sus deliciosas perspectivas.

Estas opiniones de la joven, encantaban al caballero, que era ferviente adorador de la gran hacienda donde siempre habitó: donde pasó juventud feliz: donde sufrió grandes desgracias. . . . y esos alegres y tristes recuerdos ligábanle con lazo indisoluble al territorio donde, tiempo atrás, paseó su dicha; después su dolor. . . . y finalmente su decadencia física. Era, el caballero, uno de esos seres desencantados de la vida, que sólo viven por el recuerdo de las tumbas. . . .

Al día siguiente Armida, acompañada de Castañeda, se fué á la Ranchería india. Esta constaba de unos veinte ranchos habitados por otras tantas familias. Al llegar los visitantes, salieron todas las indias y una turba de chiquillos á recibirlos. Armida fué saludando á todas, poniendo la derecha sobre el hombro de cada una: según don Gabriel la había informado, era ese el saludo corriente entre las indígenas. Las mujeres quedaron embelezadas viendo la gran belleza de la joven, mientras ésta repartía golosinas, llevadas exprofeso, entre la chiquillería bastante desarrapada y sucia.

Una, de las más viejas, tomó la palabra diciendo:

—Verdá, niña, que vos sos de abajo?

—Sí, señora.

—Y, decime, sabés lengua?

—Sé la lengua francesa y la española.

—Y nó sabés la de nosotros?

—Nó.

—Pos si querés, yo te la enseño á vos.

—Muy bien; otro día traigo papel y lápiz para escribir las palabras que Ud. me irá diciendo.

—Y dime, niña—dijo otra india—vos sos la mujer del patrón, y ahora lo gobernás todo. ¿Te gusta ó no te gusta que vivamos aquí?

—¡Oh—dijo Armida—me gusta mucho! Yo voy á venir siempre á verlas.

—Y nosotras muy contentas de que vengás, porque sos muy corronga.

Armida se rió, mientras otra la decía.

—Decime, niña! ¿todas las mujeres de abajo son tan boniticas como vos?

—Mucho más: si yo no soy bonita: es que ustedes me hacen favor.

Entre tanto, los chicos engullían las golosinas, observando con gusto la joven, que cada uno de ellos daba alguna parte á su respectiva madre.

—¡ Buen síntoma!—se dijo Armida—aquí hay cariño filiar: lo que falta es alguna instrucción: allá veremos..... por algo, de la noche á la mañana, me hicieron millonaria. Ella seguía creyendo que la gran mutación de su fortuna tenía un fin Providencial.....

Esta visita fué hecha al aire libre; porque todas las indias querían ver á la niña, y ninguno de los ranchos era capaz para contener la concurrencia. Para que la señora, ó niña, se sentara trajeron un rústico banquito; las demás sentáronse en el suelo alfombrado de fresca yerba. Armida se despidió, ofreciendo volver muy pronto: no vió á los hombres porque estaban en el trabajo. Castañeda, que durante la plática se entretuvo viendo los siembros de verduras apareció ya montado, trayendo por la brida la baya, cuya silla, de un salto, ocupó la joven. Hizo á las indias un último saludo con la mano; partiendo los viajeros al galope. A los diez minutos, se apeaban en el patio de la casa. Doña Antonia acompañaba al caballero, entreteniéndolo con su graciosa charla. Ambos preguntaron á Armida, ¿qué tal le parecieron las indias?

—¡ Muy buenas! Papacito. Pero no me gusta verlas en camisa: debían ponerse pañuelos por delante.

—¡ Ay, hija! eso viene del tiempo en que andaban desnudos.

—¡ Cómo! ¿Aquí había gente desnuda?

—Sí, niña. Yo hice vestir á muchos para poder traerlos á la hacienda: las mujeres se han quedado con sus camisas y sus mantillas; es lo único que conseguí se pusieran.

—Pero ¿también las mujeres iban desnudas?

—Sí, hija mía.

—Y ¿no tenían vergüenza.....?

—La vergüenza, no es sentimiento innato en el hombre: es cosa que se aprende. Así ha sucedido con los indios de la Ranchería: hoy ya no se presentarían aquí con el taparrabo de antaño. En el interior del Brasil, imperio casi tan grande como Europa, hay todavía numerosas tribus completamente salvajes: van desnudas y algunas son antropófagas.

—¡ Jesús, que horror! ¡ comerse los hombres entre sí!

—Cómo ha de ser! Los Gobiernos, de mancomún debieran aunar sus fuerzas para destruir tamaña barbarie; pero, por lo visto, quieren más los civilizados destrozarse unos á otros, que dedicar sus bélicas tendencias á la extirpación de antropófagos. Andando el tiempo todo eso debe terminar. Se sabe que en los tiempos prehistóricos, todos, ó casi todos los hombres fueron caníbales; y ya ves, niña, que esos horrores hace infinidad de años desaparecieron. Lo mismo acontecerá en los países donde aún privan esas costumbres feroces.

—Pero ¡hay, Papacito! cuánto tiempo pasará para que esa mejora se realice.....!

—¡Quién sabe.....! talvez más de mil años..... pero se realizará. Los hombres, á la larga, se civilizarán todos: la Ley del Progreso ó mejoramiento así lo exige: mejorar, mejorar siempre. Las actuales guerras, que las Naciones sostienen entre sí, son una rémora enorme para el adelanto, en sentido moral, del hombre. Pero hay que tener en cuenta el poder del atavismo—ó ley de herencia. No han podido todavía, los hombres del presente, emanciparse del todo, de aquella funesta barbarie legada por sus antiquísimos progenitores. Pero se emanciparán el día en que, evolucionando la instrucción, se enseñe á los hombres, desde su edad más tierna, la verdadera moral cristiana; no la utilitaria, que es la solapada que hoy priva entre ellos. Entonces no se exterminarán entre sí, acabando de sacudir el yugo que aún gravita, mediante el atavismo, sobre su clara inteligencia, bien capaz para arrojar de su organismo los malos instintos nativos.

Bien pudo Soldevilla hablar un poco más sobre Etnología, pero temeroso de que tal disertación no fuera del gusto de su auditorio, por saber que, generalmente, á las mujeres sólo placen asuntos fútiles, guardó silencio. No sabía él que sus oyentes, grandes admiradores de las Ciencias, hubieran escuchado complacidas, todo cuanto se refiere á este asunto.

Doña Antonia **sabía** y Armida quería acabar de **saber**; era muy joven y no había tenido tiempo para estudiar todo.

Entretanto Castañeda, que ya aparte había hecho su declaración al aya, declaración que fué aceptada por ella—sin remilgos y esperas—porque la dama, á fuer de talentosa, penetró al hombre de bien; aquel no era un vulgar pirata callejero..... sería un buen compañero para la vida. Por esto don Gabriel habló á don Guillermo. Este quedó muy compla-

cido con la noticia: estimaba mucho al administrador por el largo tiempo que le acompañaba y porque era sujeto de acrisolada probidad. Doña Antonia le había hablado á Armida de esos amores; así que ya enterados todos, aquella noche reunidos en el salón se trató de fijar día para la boda.

—Yo, señores, soy partidario de que lo que se ha de hacer, hacerlo pronto. Si Ud., don Guillermo, no dispone otra cosa, iremos pasado mañana á la capital y en seguida nos casamos allí.

—Pues yo quiero ser la madrina—dijo Armida.

—Y yo seré el padrino—añadió el caballero.

Dicho y hecho; ejecutóse el programa al pié de la letra. Dos días después, bien de mañana, los cuatro partieron en coche propio, tirado por seis caballos; había que llegar pronto. A las nueve en punto el padrino y el novio gestionaban las diligencias para el matrimonio. No había establecido matrimonio Civil. Don Gabriel no se daba punto de reposo para activar el paso de tortuga con que va el otro sistema de casorios. Era preciso la forastería—porque la novia era extranjera: la fe de bautismo, no sea que fuera pagana.... y por último las amonestaciones. Don Gabriel sudaba. Hay que advertir que si don Guillermo intervenía en esas diligencias, era, sentado en su poltrona, allá en el hotel. Precursor de Bismark que desde su gabinete dirigía las operaciones de sus gentes en la Guerra Franco-Prusiana, el buen caballero indicaba al novio lo que había de hacer y con quién debía hablar para que el asunto corriera á escape.

Comenzó don Gabriel por dirigirse al consulado Francés. El Cónsul, su Secretario y algún otro escribiente, eran de aquella nacionalidad. El Jefe dijo no tendría dificultad alguna en extender la Forastería como una ó dos personas atestiguaran ser la señora soltera y francesa. Castañeda, como ayudante de campo que vuela á dar parte á su jefe de las peripecias de la batalla, corrió al hotel, suplicando al padrino fuera en coche al Consulado, pues bastaba con la palabra de tan estimable señor, para que al momento se allanara la dificultad. Soldevilla dejó su poltrona dictatorial yéndose ambos en coche á las oficinas francesas. El funcionario los recibió cortesmente: don Guillermo era muy conocido y popular en la ciudad: como que era bueno y además millonario: hablando al Cónsul dijo así:

—Yo puedo afirmar que doña Antonia Jaubert es soltera y francesa, parisiense. Mi esposa, de quien fué aya esa señora, desde que tuvo á lo sumo quince años y la niña dos



ó tres, jamás se ha separado de ella. Si no basta mi testimonio haré comparecer aquí á mi esposa para que testifique lo mismo que he dicho.

—¡ Ah, nó, caballero! Basta el testimonio de Ud. para extender el Documento. Apenas falta un detalle.....

—¿ Y es? dijo don Gabriel.

—La fe de bautismo de la señora.

Don Gabriel, á hurtadillas, se pellizcó una mano. ¡ No podía pellizcar al otro! rabiaba de impaciencia. Daría cualquier suma si alguien diera luz sobre el nacimiento de Antonia.....

El Secretario, hombre ducho en las tramoyas de la vida, díjose mentalmente: quién demontre se va á echar al colete más de dos mil leguas para ir á París, á buscar, quién sabe en cual Distrito, el templo tal ó cual, donde fué bautizada la criatura y anotada con todos sus pelos y señales en el gran libro de Registro, el día tantos del año cuántos? ¡ Oh! esas son grandes garantías para la estabilidad matrimonial! Hay muchos matrimonios, sí, lo sé, firmes, constantes, en el cumplimiento de su deber; pero sospecho que esa unión consiste, nó en las ligaduras, sino en el pundonor—literalmente, vergüenza—de los cónyuges. El otro dice que daría cualquier suma..... ¡ pecho al agua á ver que sale.....!

—Señores—dijo el Secretario con seguro tono—yo poseo los datos para extender en regla la fé de bautismo que se pide.

—¡ Oh— dijo el novio acercándose—me hará Ud. un inestimable servicio.

—Según consta en la filiación, la señora es pelinegra, blanca y ojos azules..... que edad podrá tener?

—Unos veintiocho años, según dice mi esposa, dijo Soldevilla.

—Justamente; esa es la fecha de la granizada que asoló los alrededores de París. Por los destrozos que ese funesto meteoro ocasionó, conservo indelebles mis recuerdos de aquel tiempo. Era yo, en esa fecha, monaguillo del templo de Santa Genoveva. Casi todos los días se bautizaban varios niños allí. Uno de tantos llevaron una preciosa chiquitilla, ya de seis á ocho meses, pues, según dijo el padrino, no se pudo exponer en edad más tierna á los fríos de la granizada que aún dejábanse sentir. La chica era robusta, gran pelo negro, muy blanca y ojos azules. En la nota, para sentar en el Registro aparecía llamarse Antonieta, hija legítima del señor Jaubert y la señora Pochet de Jaubert. ¿Qué más se

necesita para que sea auténtica la fe de bautismo de esa señora?

—Nada más, dijo el Cónsul—al que le retozaba la risa porque no creía palabra de todo aquello, dando asenso á lo dicho por su Secretario, porque con esa declaración no se ofendía á nadie. Certifique Ud. lo dicho.

El Secretario hizo á uno de los escribientes, antiguo y moderno camarada suyo, un imperceptible misterioso signo—que podemos traducir así: “nos repartiremos la prima”—y empuñando la pénola escribió rápidamente.

—Nosotros, los abajo firmados, certificamos: que en el año de la enorme granizada que devastó los campos inmediatos á París, fué bautizada en el templo de Santa Genoveva una niña á quien se puso por nombre Antonieta, hija legítima de don Cleofas Jaubert y de doña Robustiana Pochet. La sacó de pila don Nicomedes Palestrina y le echó el agua el sacerdote don José Barroso. En fé de lo cual firmamos ésta, en Belén de Pará, capital de la Provincia, en el año 18..... mes de la canícula.

Canuto Corongo,—Escribiente.—Ludovico Zancadilla,—Secretario del Consulado Francés.”

Don Gabriel, después de leer el Certificado, sacó de su cartera un billete de cien duros.

—Ahora, caballero, sírvase aceptar esta pequeña ofrenda en prueba de mi gratitud, y dispense la pequeñez del obsequio; que yo valoro en mucho más el importante servicio que Ud. me ha prestado. El Secretario, á la par que alargaba la mano para asir el billete, decía con el más perfecto desinterés. —¡Oh señor! ¿para qué remunerarme si sólo lo hice por servir á Ud.?

—¡Gracias! Allá en la hacienda de Miraflores, donde vivo, puede Ud contar con un amigo que recordará siempre su diligente amabilidad.

—Creo que ya todo está listo ¿nos vamos?

—¡Hombre! todo listo nó ¿y las amonestaciones?

—¡Cómo! ¿todavía hay que esperar más?

—Y para eso la cosa pide tregua de quince días, dijo el Cónsul.

Don Gabriel, espeluznado, se volvió al caballero, diciendo:

—¿Hay algún dique que oponer á esa avalancha de dificultades?

—¡Sí, hombre!, comprar las proclamas.

—De esa manera, en efecto, ya está todo listo—dijo el Cónsul—pero eso les vá á costar á ustedes un sentido.

—No importa—dijo don Guillermo—y despidiéndose de los funcionarios, como así mismo Castañeda, subieron al coche, dirigiéndose á la Curía. Allí, después de presentar Forastería y Fé de Bautismo, no hubo dificultad para conseguir las Proclamas: eso sí, mediante unos doscientos duros que el futuro padrino abonó en el acto.

Mientras los hombres terminaban las múltiples diligencias, las mujeres, acompañadas de una joven del hotel, que se brindó á ser su cicerone, recorrían los almacenes de ropa hecha, donde Armida iba comprando muchas piezas confeccionadas para llevar de regalo á las indias. Las compras se enfardaron mandándolas al hotel. Después fué á una prendería, comprando varias baratijas: espejitos pequeños, peines, prendedores, piezas de cintas de varios colores, etc. En otro almacén se había surtido de frazadas. Ella había observado que las pobres indias se abrigaban con viejísimos cobertores, y como estas cosas eran su regalo de boda, quiso que todo fuera abundante. Armida tenía mucho dinero disponible; porque don Guillermo le había entregado el primer trimestre de la renta de su dote, que al cinco por ciento al año, rendía cada trimestre la friolera de veinticinco mil duros.

—Pero papacito—le había dicho—¿para qué quiero yo tanto dinero?

—Es tuyo, hija mía. Hace tres meses que te entregué tu carta dotal. Ahora emplea esa suma en lo que gustes; ó la guardas, ó la gastas, como tú quieras. También puedes dejar la renta en el Banco y así se irá capitalizando.

—Ud entiende de eso mejor que yo.

—Sí; pero entre tanto, recibe ese primer trimestre, porque yo lo había reclamado.

He aquí como la joven era á la sazón dueña de veinticinco mil duros. En su viaje á la capital gastó algunos cientos, y á doña Antonia le entregó diez mil, en memoria de que fué su cocinera allá en el Hotel de la Reina.

Habiéndose, al fin, zanjado todas las dificultades, se determinó que la ceremonia matrimonial se efectuara á la noche en una estancia del hotel.

—Mi señora doña Antonia, ya llegó el caso de cumplirme mi promesa. Le ofrecí un túnico para cuando estuviéramos en América; aquí lo tiene Ud., y sacó de una caja de cartón un hermoso vestido de raso celeste con adorno de

blondas blancas, y de una cajita que sacó del bolsillo, un rico aderezo de finas perlas orientales.

La señora quedó encantada con tan elegante y valioso regalo. Respecto al novio, puso en el dedo de su futura un solitario de gran precio. Al anochecer, el aya estaba hermosísima, pues el color celeste realza la belleza de las blancas, —puso una rosa blanca, natural, en el escote y otra igual en la cabeza—que ya cubría una pequeña mantilla de níveo color, y sentóse á esperar la hora del consorcio. Castañeda, muy cerca de ella, estaba absorto, mirando la blancura de la novia. ¡Qué dicha haber conseguido su sueño dorado!, una esposa blanca, muy blanca! Armida estrenaba un lindo vestido de glase rosa con infinidad de angostos encajes blancos. En el pecho unas margaritas blancas y otras tantas en la cabeza—todo natural—, la mantilla y guantes, iguales á los de su ahijada: no llevaba alhajas por simple capricho, pues pudiera lucirlas de diamantes. Pero, ¿qué más joyas de diamantes que ella misma? ¡su belleza superaba al brillo de las piedras preciosas!

La boda pasó en silencio: no había convidados.

Se obsequió al sacerdote con un buen refresco, acompañándole todós en él. También se le gratificó largamente. El buen señor se despidió echando á todos su bendición, con deseo de eterna felicidad para los ahijados y sus compañeros.

Al fin, los huéspedes optaron por dormir aquella noche en el hotel: eran las nueve: demasiado tarde, atendiendo la delicadeza del caballero, para regresar á la hacienda. Todavía aquella noche Armida y el aya durmieron en el mismo cuarto: era la última vez.

Al día siguiente, en bestia de carga, se llevaron las compras para las indias. Subiendo padrinos y ahijados en el carruaje que los trajo el día anterior. Partió el coche al vivo paso de los seis caballos de tiro, que pronto les condujo á Miraflores.

El caballero, aprovechó ese viaje rápido á la capital para dejar en poder de su Notario un testamento cerrado, con orden de archivarlo hasta nuevo aviso.

CAPITULO XX

LA GARZA REAL

Al llegar á la hacienda el mozo conductor de las mercaderías, descargó la bestia y, previa buena remuneración, retornó para la capital.

—¿Qué has comprado, niña?—preguntó Soldevilla.

—Pues, unos regalos para las indias.

—¡Y decías que nó necesitabas dinero.....!

—Es verdad, Papacito, que para dar algo, se necesita tener que dar.....

—Así es, hija mía; tienes corazón generoso y poseés los medios para dar expansión á tus bellos sentimientos. Ojalá todos los ricos pensarán como tú!

Después del almuerzo, Armida pidió su yegüita y un mozo con una bestia de carga para que fuera conductora de sus regalos á las indias. Ya aparejada la mula, que casi se doblaba al peso del gran fardo, la joven saltó sobre la silla de su baya y emprendió con el mozo y su acémila el camino de la Ranchería. Al partir había dicho al caballero:

—Papacito, el que dá pronto da dos veces ¿verdad?

—Cierto, hija; hoy las indias te van á echar bendiciones.

—Eso será muy grato para mí.

Soldevilla, y los esposos, diéronse á recorrer la casa para señalar, entre tantos cuartos, los que debería acupar la pareja **seleccionista**. Se había convenido en que, por ahora, no pondrían casa aparte: aquella era muy grande y allí vivirían á gusto. Como todas las habitaciones estaban provistas de mobiliario, no hubo nada que arreglar; así es que en el acto señalaron tres: una para salita, otra como dormitorio y la tercera como cuarto de vestir: quedaron, pues, instalados en un santiamén. Doña Antonia pasaría el día,

emplearía casi todo su tiempo, acompañando á los señores: ella se impuso á sí misma la misión de distraer al caballero contándole mil anécdotas europeas ó leyendo, ya libros, ya periódicos—era preciso alegrar un poco aquel sér enfermo de cuerpo y alma.....

En el salón había un gran piano, al cual no se le quitó la funda como á los demás muebles. Las señoras, aunque sabían tocar bien ese instrumento—especialmente doña Antonia, adivinaron que la música, que tanto despierta el sentimiento, no convenía allí, pues despertaría tristes memorias ya un tanto adormecidas..... El piano continuó velado.

Entretanto, Armida llegó á la Ranchería. El mozo apeó el fardo y se fue con su bestia. Todas las indias rodearon á la joven, diciéndola cosas por el estilo:

—¿Por qué no habés venido?

—Ya te queremos todas á vos.

—¿Y qué traes, niña?

Armida pidió un cuchillo y cortó las ataduras del fardo.

—No he venido, amigas mías, porque fui á la capital y traje para ustedes mi regalo de boda.

—¡Jesús, niña! Cuántas cosas boniticas traés!

Aquí el uso es que los amigos den regalos á los novios; pero vos, que sos la novia, relagás.

—Pues, amigas, el que tiene más da al que tiene menos: esa es la Ley del Cristiano.

—¡Qué corronga que sos vos!

La joven fué sacando hasta unas cuarenta enaguas de zarazas de todos colores. Otras tantas camisetas; muchos delantales de telas fuertes; algunas docenas de pañuelos, (la mitad de seda, la otra de algodón). Las batas para chiquillos eran muchísimas. Entonces hizo poner en círculo á todas las madres de familia y comenzó el reparto. Dió á cada una dos enaguas, dos camisetas, dos delantales, dos pañuelos de seda y dos de algodón. Después llegó el turno á las baratijas. Una brillante gargantilla de cuentas doradas; zarcillos de similar con relumbrantes piedras del Rin, y dos sortijas de tumbaga con bonitas piedras, fueron, en este segundo reparto, el lote de cada india; á eso se añadió á cada cual cuatro varas de cintas de seda de varios colores, un batidor, un peine fino y un espejito.

—Estos espejitos—dijo Armida— para que cuando se peinen vean si está bien puesto sobre los cabellos el lazo de cinta.

¡Las indias estaban maravilladas!

—Ahora, vamos á probarles las batas á los niños.

Las madres fueron quitando á sus hijos las harapientas vestiduras, substituyéndolas con las nuevas batas. Estas eran tantas, que alcanzaron para dar tres á cada uno. Después vino el reparto de las frazadas.

—Pero, niña, vos sos tan buena como tatica Dios!

—No tanto. . . . Va á entrar el invierno y para que no tengan frío les traigo esos abrigos.

—¡Ay niña! ¿y qué te damos nosotras á vos?

—Pues nada! sino que sean mis buenas amigas.

—Eso siempre. Le rogaremos a Nuestro Amo para que vos seás muy feliz.

Armida quiso que una se pusiera un pañuelo: la india se ató dos puntas al cuello dejando caer las otras dos espalda abajo: así quedó la prenda convertida en capa. Como la joven lo que pretendía era que se cubrieran el pecho, sacó del bolsillo varios prendedores que adrede no había distribuido para ver si con el bonito prendedor se ponían gustosas el pañuelo: así fué.

—Déjeme ponerle un pañuelo, como usamos nosotras, á ver si le gusta—dijo á otra.

Tomó uno de seda, doblólo en punta, poniéndoselo á la india cruzado sobre el pecho, trabándolo con un bonito prendedor, y diciendo:

—Mírese ahora al espejo: verá que bien está así.

Se miró, diciendo:

—Vos sabés todo, niña. Así está muy bonito.

¡Santo remedio! Todas, con la novedad de los prendedores, se pusieron los pañuelos en regla, trabados sobre el pecho con los relumbrantes alfileres. Con ningún esfuerzo, Armida ganó la batalla. Ella lo que deseaba era no ver mujeres con el pecho desnudo: le daba rubor. Después les hizo comprender las ventajas de usar camiseta para cubrir los brazos y evitar picaduras de insectos. Todas prometieron ponérsela así que comenzara á llover, porque ahora hacía mucho calor.

—Yo quiero también regalar algo á sus esposos. Ustedes les dirán que si alguno va á la ciudad que me avise para mandar traer dos mudas de ropa para cada uno: llevando una bestia es muy fácil que venga toda á la vez. ¿Se lo dicen?

—¡Cómo nó!, de ribete, así que lleguen.

—Pues ahora me despido, hasta pronto.

—Que taticos Dios, te acompañe y toditico tu vida seas vos muy contenta.

Todas, á la vez, repetían á la joven palabras por el estilo, sin cesar en sus expresiones de agradecimiento hasta que Armida y su cabalgadura desaparecieron en un recodo del camino.

Armida regresaba contentísima. Las personas que saben sentir, reciben gran placer con la práctica del bien; por eso se dice que el Bien lleva la recompensa en sí mismo. Pero no todos tienen la gran sensibilidad, que goza con la dicha ajena. Ensimismada en gratos pensamientos, dejó caer las bridas sobre el cuello de la bestia, la cual se aprovechó de esta libertad bajando la cabeza al suelo, para arrancar algunas briznas de la abundante y fresca yerba que alfombraba el sendero.

Un repentino graznido hizo levantar la cabeza á la joven que vió descender de lo alto una hermosa Garza Real, que, describiendo círculos, se dirigía á la ribera, sin duda en busca de su presa. Cuando Armida estaba contemplando las evoluciones aéreas de la magnífica zancuda, sonó un tiro, y la infeliz volátil bajó más aprisa de lo que pensara cayendo muerta á poca distancia de la senda. La joven lanzó un grito, no tanto por la muerte del ave, sino porque, espantada con el ruido del tiro y la caída tan cercana de la Garza, la yegua escapó con trazas de desbocarse, sin que Armida pudiera recuperar las flotantes bridas. Agarrada con fuerza á la crin del cuello, malamente, con la vertiginosa carrera de la yegua, se sostenía en la silla. Ya la pobre niña se creía perdida, cuando á unos veinte pasos de distancia salió un hombre de la arboleda, el cual, rápido como exalación se lanzó á la baya y agarrándola por el freno con férrea mano la hizo dar un bote hacia atrás, levantar las manos y sentar la grupa en tierra. Al choque, Armida perdió el equilibrio cayendo sobre la tupida yerba, que le evitó el porrazo. En tanto el cazador, que aún tenía por la brida la ya pacificada bestia, alargó la mano á la joven para ayudarla á levantarse, pidiéndola mil perdones por haber, con su disparo, provocado aquel desagradable incidente.

Ella levantóse riendo del fracaso, pues ningún daño se había hecho.

Entonces, frente á frente, se miraron los dos.

¡Oh, poder sin segundo! ¡Atracción indefinible y desconocida! ¿Envuelves un misterio?

¿Por qué, dos jóvenes que jamás se vieron, se sienten, instantáneamente atraídos entre sí, con fuerza casi irresistible

ble? Ello es cierto, aunque no sepamos explicarlo: es misterioso, y los misterios no se explican.

Armida, al mirar al joven, sintió la helada impresión que nos produce un chorro de agua fría al caer, sin esperarlo, sobre nosotros: un intenso escalofrío que la hizo palidecer, siguiendo inmediatamente una oleada de calor que la enrojeció hasta el blanco de los ojos.

El corazón daba saltos descompuestos, amenazando romper su envoltura. . . . La joven sintióse dominada por emociones desconocidas y nunca soñadas. . . . Respecto al joven cazador, no sabemos si sus sensaciones fueron las mismas. Pero sí debieron ser análogas, porque primero palideció, y en seguida se puso rojo.

Tan grande era la turbación de ambos que, por largo rato, enmudecieron. En tanto recuperan la perdida serenidad, bosquejemos al joven cazador. Es alto y blanco, aunque algo tostado por el sol: el pelo castaño claro luce esas bonitas ondas que hermocean la cabellera, formando en torno la espaciosa frente, una aureola de pequeños rizos; sus ojos, negros como el dolor, son grandes y de atrauyente expresión. Apenas lleva un ligero bigote, tan negro como los ojos: el conjunto es altamente simpático. Viste traje de cazador, botas hasta la rodilla y pequeña gorra de paño con galoncillo estrecho. La escopeta habíala tirado al suelo para sujetar la baya.

Al fin estos dos séres, ya unidos por indestructible lazo de simpatía, reaccionando un poco, comenzaron á hablar—élla primero.

—Caballero, le doy mil gracias por su oportuna aparición y arrojó al detener la bestia tan á tiempo. Creo que sin el auxilio de Ud. talvez la baya, ya desbocada, se hubiera lanzado al río y á mí con ella. Debo, pues, á Ud. la vida: esa deuda no la olvidaré nunca.

—Señorita, soy yo quién tengo que pedirle mil verdones, pues el tiro que disparé fué la causa de que su yuegüa se espantara.

—Pero Ud. ignoraba que yo iba por aquí á caballo.

—Sin duda, ¡ feliz ignorancia!

—¡ Cómo! ¿ llama Ud felicidad al lance sucedido?

—¡ Sí! porque sin él yo no hubiera tenido la inmensa dicha de conocer á Ud.

Armida tembló, reponiendo en seguida:

—Es cierto que á este peligroso episodio debo también el honor de conocerle; y puesto que Ud me ha prestado tan

señalado servicio ¿podré preguntar el nombre de mi salvador?

—Me llamo simplemente Alberto. Mi padre jamás me ha dado otro nombre; y como siempre he vivido en el bosque cercano y me ha dicho no tener familia alguna, ni aún se mi apellido paterno.

—Y yo, caballero, me llamo Armida del Castillo de Soldevilla.

—¡Cómo, señora!—dijo Alberto palideciendo— ¿es Ud. casada?

—Si, señor; mi esposo es don Guillermo Soldevilla.

—Pero ese señor es un anciano..... y Ud. una niña.

—Pues bien, don Alberto, tenga la bondad de seguirme á casa. Yo le contaré á Papacito, lo que ha pasado; él quedará muy reconocido á Ud., siendo factible que le refiera la historia de nuestro matrimonio—porque es una historia.

—¡Jamás—dijo el joven—pondré los piés en la casa de su esposo de Ud.!

—Pero ¿por qué? si él es un noble señor.

—Porque ese señor—por más noble que sea—ha echado por tierra mi felicidad.

—¡Cómo así! ¿le ha hecho alguna ofensa á Ud.?

—¡Oh, Dios! había soñado un porvenir dichoso y ese matrimonio lo convirtió en desgracia!

He vivido siempre en estos bosques y al verla á Ud., considerándola niña soltera, creí que el inmenso amor que á Ud. me atrae, pudiera ser correspondido un día.....

—¡Oh, Caballero! El deber me ordena no escuchar á Ud. ¡Adiós! dijo alargando su diestra. La que Alberto estrechó, permitiéndose rozarla con sus labios.

La joven, presa de terrible emoción, volvió la cabeza para disimular una lágrima que pugnaba por correr.

Montando en seguida, se alejó al paso. Allá, muy allá, volvió la cabeza..... allí estaba él, cruzado de brazos, viéndola alejarse. ¡Ah! si ella se iba, su corazón quedó con él!

Armida regresaba al paso para pensar..... ¿Le contaría al caballero el incidente? ¡Nó, nó! si se lo digo me prohibirá montar temiendo otra rebelión de la baya: "guardaré silencio". He aquí como la joven, por primera vez, tuvo algo secreto para el Papacito. Eso la apenaba mucho. Carácter franco y leal, no se avenía con tales disimulos..... y ello era preciso; para hablar, debía decirlo todo..... ¿Cómo rebelar al caballero la súbita impresión que le produjo la presencia del cazador?

¡Oh! nó; ¡eso era imposible! Ella, casi instintivamente, conocía que su esposo, que tanto había hecho por encumbrarla, sentiríase decepcionado considerándola indigna de tales beneficios.

Tampoco le diría nada al aya.

—Ya que no puedo franquearme con Papacito, no lo haré con nadie—se dijo, empezando para la joven, por primera vez, la pesada función del disimulo. Adoptando el partido, único posible, en ese caso, para no herir susceptibilidades, avivó el paso de la baya llegando pronto á la casa.

Sentóse junto al Papacito y refiriéndole la alegría de las indias con los regalos, haciéndole saber que había conseguido que todas se pusieran pañuelos cruzados sobre el pecho.

—Pues no conseguiste poco—dijo Soldevilla—,eres una maga encantadora.....

¡Ay! quién pudiera contarle lo de la Garza..... pensó ella—;pero nó, no puedo.

Al día siguiente, su paseo no fué á la Ranchería sino á la orilla del río. Allí se apeó y dejando pastar la yegua, sentóse al pié de un árbol centenario, cuya altísima copa, cubierta de inmenso ramaje, que adornaban innúmeras parásitas, se miraba en las aguas.

Es cosa sabida que la verdadera pena gusta de la soledad: aquel sitio no podía ser más solitario. Frente por frente, alzábase en la opuesta ribera, una loma cubierta de exuberante vegetación. Robustos cedros y altas encinas protegían con su sombra pequeños arbustos, y, aunque muy distantes, podían distinguirse innumerables bejucos entrelazando, con sus largos cabos, aquella enmarañada floresta, donde á su albedrío saltaban ardillas y monos. Después de la frondosa montaña, sólo se columbraban, hasta donde podía alcanzar la vista, elevados riscos sin verdor alguno: el panorama era por demás agreste, con tonos de poética tristeza.

Después de estar Armida un buen rato sentada al pié del gigante vegetal, ocupada en tirar al río pequeñas ramas y silvestres florecillas, como mensajes enviados al Ideal, volvió á casa tratando de mostrarse alegre.

¡No sabía ella que dos ojos negros, muy negros, la habían seguido en el paseo! Alberto, ansioso por volver á verla, había trepado ágilmente á la copa de uno de los muchos gigantescos árboles que pululaban por doquiera: allí, escondido entre el ramaje, este pájaro de nueva especie, vió á la amada dirigirse al río; y, como quiera que su

elevado observatorio dominaba el terreno, aún más allá de la corriente, dióse el placer de contemplarla durante su permanencia en la ribera, siguiéndola después hasta que llegó á la casa. Entonces, deslizándose tronco abajo, retiróse murmurando:

—Ya sé cual es el sitio favorito; al menos la veré.

Este joven había sido muy bien educado por su padre— conocido en la comarca con el nombre de “el solitario del Bosque”.— Siempre le repetía: Hijo mío, no faltes jamás á tu deber: muere primero. Por haber yo faltado una sola vez á sus sacrosantas leyes, he sido infeliz todos los días de mi vida. . . . Y el hijo, que adoraba al autor de sus días, cumplió estrictamente con el deber que le prohibía galantear á una mujer casada. La vería, sí; pero sin tratar de acercarse á ella. ¿Qué más se le podía pedir?

Todos los días daba ella su paseo ecuestre y él no perdía ocasión de verla: ya sabía la hora fija. Las cercanías, cubiertas de frondosas arboledas, eran cómplices del espionaje, ocultando con su denso ramaje, las evoluciones del joven amante que se dirigía, ya aquí, ya allá, según la dirección que tomaba Armida.

Esta niña casi siempre se dirigía al río. Sentándose bajo el grande árbol vecino de las aguas, comenzaba á decir algo en voz alta.

Le había dado la manía que le da á casi todos los enamorados—: versificar, aunque nada entiendan de Poética. Aquella tarde dirigió la palabra á seres inanimados, como piedras, ramas, etc., Terminando por estas rítmicas. **Aúras ligeras—céfiro blando—que vais cruzando—por la extensión—No tan fugaces—corrais veloces—oid mis voces—por compasión.**

—¡ Ah! se dijo, el que escondido en la copa de un árbol cercano, oía á la joven—¡ Ah! ella está triste ¿por qué!

Armida, después de la—al parecer—solitaria expansión cabalgó, siguiendo esta vez, el sendero que conducía á los ranchos. Se apeó al llegar al sitio donde se había espantado la yegua: la dejó pastar libremente, mientras ella, saliendo de la vía, buscó algo entre la grama. . . . alzándose á poco con su trofeo; éste lo constituían tres plumas de la finada Garza. . . . Sacó su fino pañuelo de bolsillo, y limpiándolas cuidadosamente, las ató con una cinta celeste que extrajo de su peñal. Después de mirarlas un rato suspiró; abrazó el pequeño plumero y dándole un beso lo guardó bien envuelto en su pañuelo, que, fiel guardián de esa reliquia, metiose en el bolsillo de su dueña.

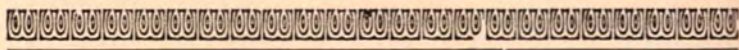
Escondido en la floresta tras el tronco de un corpulento cedro, Alberto presenci6 toda la escena. Cuando Armida se retir6 del r6o, 6l baj6 de su escondite desliz6ndose casi paralelo 6 ella mediante el continuo, abundante follaje que le ocultaba de modo seguro: pod6a ver sin ser visto; el joven quer6a saber donde iba ella por aquella senda, y ¡oh placer! inundado de gozo celestial qued6 convencido de que la joven lo amaba. ¿Qu6 palabras podr6an ser m6s significativas que aquellas acciones?

El tambi6n, all6 en su casa del bosque, ten6a diseada la Zancuda.

Los que no conocen el amor, se reir6n de esas nimiedades, porque ignoran que 6 trav6s del prisma de la pasi6n, las m6s peque1as acciones de los enamorados, tienen grandisimo valor r6ciproco. ¿Qu6 melod6a m6s grata que el sonido de la voz amada? ¿Qu6 perspectiva m6s deliciosa que descubrir la silueta del amado, all6, 6 lo lejos.....? Cuando se acerca, el sol es m6s brillante, el aire m6s oxigenado, las flores son m6s bellas..... La Naturaleza entera se anima y hermosea, entonando para los amantes sus grandiosos himnos de amor.

¡Oh! ¡fuera eterna esa ilusi6n, y el mundo ser6a un Ed6n!





CAPITULO XXI

EL ESPIRITU DEL RIO

Teniendo que ir don Gabriel, para asuntos de la hacienda, á la capital, le encargó Armida la ropa para los indios. De regreso, Castañeda trajo los encargos. Así, aquella tarde, seguida de un trabajador que conducía los regalos, dirigióse á la Ranchería. Las indias la rodearon preguntándole por qué no había vuelto: contestando ella que no quiso ir sin llevar los recuerdos para los hombres, aprovechando un viaje del Administrador á la capital, para traerlos. Abrió el paquete y dió á cada mujer dos pares de pantalones, dos camisas, una faja de seda color rojo, una chaqueta, dos pañuelos de bolsillo y un sombrero de pita.

—¡Tatica Dios te lo pague, niñá! ¡Qué contentos se van á ver con esta ropa tan bonita!

Lo mismo, poco más ó menos, dijeron todas.

Un solo indio, joven, se veía en un rancho acostado en su camastro. La mujer le enseñó su parte de regalo, quedando el enfermo muy complacido, y agradeciendo mucho á la niñá. Armida preguntó con interés si aquel señor tenía calenturas, para entonces mandarle de la casa algún remedio, pues Papacito, tenía un botiquín muy bien surtido.

—Nó, niñá—dijo la esposa—te lo agradecemos á vos; pero no son calenturas, sino que ayer se subió á la somada alta pa espiar al Espíritu del Río, y cuando bajó se lisió un pié: bien le dije que no subiera, porque siempre que lo vemos sucede algo malo.

—¿Pero, qué Espíritu es ese?—dijo la joven.

—Pos niñá, el Espíritu del Río.

—Pero ¿dónde lo ven ustedes?

—Subiendo á la somada alta, se ve, allá, en la otra orilla, enfrente nó, sino al sesgo. Se pone en la orilla, senta-

do en una piedra, y cuando uno ve pa otro lado y vuelve á ispiarlo ya no está, porque se va pa el fondo.

—Eso no puede ser, amiga mía: será algún hombre que vive por allí.....

—¡No, nó! niñá; no hay por allí rancho ni casa, sino el risco íngrimo. Si no fuera porque te sucede desgracia, quería que vos lo ispiaras. Pero nó, porque te sucede algo malo.

—Pues yo quiero verlo—dijo la joven.

—Mirá que eso es muy resgoso.....

—¿Pero qué desgracias resultan de ver ese Espíritu?

—Pos á la comadre Paúla, cuando lo ispió, el gavilán le llevó cuatro pollos. Al compadre Lino, que también lo ispió, la araña le picó la vaca lechera.

—A mama Chepa—saltó otra—el día que lo vido se le murió un chanchito; y á la comadre Luisa, se le puso clueca la gallina, porque lo ispió.

Armida hacía esfuerzos por contener la risa, al oír las grandes desgracias que las indias deploraban. Todas ellas, la que más, la que menos, refirieron una retahila de sinietros por el estilo. Al fin, dijo una.

—Pero, que más querés, niñá, pa saber que es un Espíritu; después que lemos ispiado en la orilla, los hombres de la Ranchería no han pescado ni un barbudo pa seña, porque él, se va pa el fondo y se los come todos.

Esta vez tuvo Armida que sonarse para disimular la hilaridad que no podía contener. No quería que las indias pensaran que se burlaba de ellas.

—Bien, amigas; mañana vengo y traigo el antejo para ver bien á ese Espíritu.

—A yo no me gusta, niña, quespiés, porque algo malo te sucede.....

—Pues si mis gallinas se ponen cluecas ó me suceden cosas como las que ustedes lamentan, yo no me asustaré por eso. Conque, adiós, hasta mañana.

—Que tatica Dios te bendiga.

La joven partió al galope llegando pronto á la casa. De-seaba preguntar á don Guillermo si tenía noticia de ese Espíritu del Río.

—Papacito ¿Ud. sabe que los indios dicen haber visto á la orilla del río un Espíritu?

El Caballero sonrió, diciendo:

—Has de saber, hija mía, que los indios de la Ranchería son buenas gentes, pero muy supersticiosos. Creen en brujas, y en el cadejos—que yo ni sé lo que es. Asi mismo ha-

brán visto un hombre, quizá un ermitaño—que todavía los hay—y se figuran que es un Espíritu.

—Pues ellos afirman que no es hombre, porque no tiene vivienda alguna: lo ven al otro lado de la ribera, y el risco por allí no presenta ninguna concavidad, ni chica ni grande, donde poder acogerse nadie.

—¡Oh! yo conozco bien las márgenes del río; y en efecto, son altas y escarpadas en las cercanías, y aún mucho más allá de los ranchos: son parecidas á los acantilados de las playas marítimas. Apesar de eso, no creo en tal Espíritu: ellos se lo habrán forjado en su mente: la superstición cree ver lo que no existe.

—Mañana vuelvo allá y llevaré el antejo para ver bien ese portento; aunque los indios dicen que siempre que lo han visto les sobreviene desgracia.

Y la joven refirió todas las cosas deplorables, que eran consecuencia de avistar al Espíritu. El caballero y doña Antonia tuvieron un rato de diversión, comentando las grandes desgracias de las rancheras y acabando por decir Saldevilla:

—Pues mira, niña, mándales entre gallinas y pollas unas veinte, para que toque una á cada familia; así se repondrán del susto.

—Muy bien, Papacito: así lo haré.

Al día siguiente, provista del antejo y precedida de un mozo conductor de gran canasta llena de gallináceas, fuese la joven á los ranchos.

Alberto la vió ir, pero no podía seguirla hasta allá: faltaba la complaciente arboleda.

—¿Dónde irá con el antejo? Tal vez á contemplar más cercana alguna bonita perspectiva..... De todos modos: no tengo donde ocultarme: mañana será; y suspirando fuerte, el joven se alejó.

Cuando llegó Armida, como siempre, la rodearon las indias.

—Ya veo, niña, que tres el canuto con vidrios y quéspapiar al Espíritu.

—Sí, amigas. Primero repártanse entre todas esas aves que les traje: las gallinas son buenas y las pollas pronto pondrán.

Ellas, agradeciéndolo mucho, se distribuyeron entre sí el donativo.

—Ahora alguna de ustedes me va á enseñar la somada alta.

Todas dijeron: yo, yo, yo.

—Pues vengan todas—dijo la joven—que tenía cuidado de no hacer preferencias.

Caminaron como unos trescientos metros, subiendo después por una angosta vereda á una peña bastante más elevada que el terreno adyacente. Las indias, para no ispiar se acurrucaron en el suelo, diciendo á la niña:

—Diay onde vos estás, se ve toítico el otro lado, y si está el Espíritu, lo podés ispiar.

Armida apoyó el instrumento en un saliente de lo más alto de la roca, dirigiendo, en diagonal, á la opuesta ribera, el objetivo de su antejo.

—¿Lo habés ispiado ya?—preguntó una muy asustada.

—¡Sí, sí!—dijo la joven sin bajar el antejo.—Allí está sentado en una piedra: parece un venerable anciano. Tiene barba blanca y grande, hasta cerca de la cintura. El sol poniente le da en la cabeza, la que lleva descubierta, y se ve muy bien que el pelo está más oscuro que la barba. Ahora se levanta: es alto y grueso: saca algo del bolsillo y lo tira al río. Está vestido con una tela que parece piel.... ésto no se ve bien: está muy lejos. ¿Quiere alguna de ustedes mirar, dijo, alargando el antejo.

Una arrogante buena moza, hija de familia, cogió el antejo, diciendo:

—Echá pa ispiar.

Armida la hizo poner á su lado y colocó el cristal en el ojo de la india, mientras ella sostenía el instrumento, no sea que con el susto rodara al suelo.

En seguida la preguntó.

—¿Lo ves bien?

—Nada, sino agua y piedras, que parecen cerquiticas.

—¿Cómo es eso?—dijo la joven tomando el antejo y volviendo á mirar. Pero nada vió. El Espíritu ó el hombre había desaparecido!

—Asombrada Armida, recorrió toda la opuesta orilla, cuyos elevados riscos subían perpendiculares á ella, á mayor altura que el pico llamado somada alta. El río por allí se veía muy hondo, sus márgenes carecían de vegetación por falta de humus: apenas uno que otro liquen y algún arbus-tillo achaparrado, se descubrían de trecho en trecho; también unas pocas plantas acuáticas emergían cerca de la orilla.... No había medio de descubrir ni rastro de habitación. Entonces ¿dónde se metió aquel sér, fantástico para las indias, é incomprendible para la joven?

Seguida de las indias, Armida caminaba pensativa, mientras aquellas la aseguraban, una y cien veces, que aquel

que ispió, no era hombre sino un Espíritu, que para nada necesitaba vivienda porque vivía en el fondo del río.

Cuando la joven volvió á casa, sentóse junto al caballero refiriéndole el resultado de su investigación.

—Y sin embargo—dijo éste—ese sujeto debe ser un hombre. Conozco una multitud de personas—y aquí en América hay muchas—creyentes en el Espiritismo, creencia que se remonta casi á los tiempos prehistóricos. Ultimamente me aseguraron en Europa, que existe allí una Nación Católica, en la cual, cuatro millones de individuos pertenecen al credo Espiritista. Por mi parte, no afirmo ni niego. Hay tantos misterios en la Naturaleza, que se escapan aún á la investigación científica, y me pongo en el fiel de la balanza diciendo: puede ser, puede no ser, quedándome perfectamente tranquilo sobre cosas superiores, según mi criterio, á la actual inteligencia del hombre. Yo he leído muchos tratados de Espiritismo, y en ellos he comprendido que esas creencias marchan de manera tan clara y razonable, que en ellas, la Ciencia no puede emplear su temible y demoleador ariete; porque aquellos marchan con ésta. Pero en esos tratados se afirma que para que un Espíritu comparezca, es preciso llamarlo; y eso, después de rogar á Dios, con fervor, para que permita la evocación. Aunque todo ello fuera cierto, ni tú, hija mía, ni las indias, habéis hecho evocación alguna: luego, no hay tal Espíritu.

Armida comprendió la lógica del discurso, quedando siempre desorientada sobre cuál sería el albergue de aquel anciano.

El resto del día, las señoras y Soldevilla, lo pasaron en el salón tratando de amenizar la conversación siempre, con objeto de distraer al caballero.

A poco, la llegada de Castañeda, aumentó la tertulia, viniendo pronto la conversación á girar sobre intereses materiales.

—Este año, decía don Gabriel, la cosecha del café será soberbia: tres ó cuatro mil quintales por lo menos. Los cañales ya están en su madurez. No será poco el rendimiento de los cereales, pues las tierras de pan sembrar han sido cuidadosamente laboreadas. Respecto al ganado, ya es preciso mandar alguno al mercado; porque en los últimos tiempos ha sido increíble su aumento; y eso que omito los otros muchos productos de la hacienda.

En esta bendita tierra del Brasil, se adaptan todos los cultivos de las demás zonas.

—Pues ya sabes, Gabriel, en eso de ventas y transaccio-

mes comerciales tienes carta blanca. Yo no estoy para pensar en negocios: ya mi tiempo pasó: ahora tú.

Como se ve, este mayordomo habíase ganado toda la confianza de su principal. Realmente la merecía.

Armida, absorta en propios pensamientos, nada oyó del asunto intereses: hasta puso en olvido expresar la alegría ficticia que hacía algún tiempo, venía demostrando. Su semblante, sin la máscara del disimulo, exhibía tan honda tristeza, que el caballero lo notó.

—Querida hija: observo que estás digustada, y como quiera que todo mi anhelo tiende á que seas feliz, te propongo un viajecito á la capital, y aún, si quieres, á Río Janeiro. Aquella es una gran ciudad. Hay buenos teatros, á los que puedes concurrir siempre que gustes. Una joven como tú, criada en la mejor ciudad del mundo, no puede estar conforme con vivir siempre en el campo ¿Quieres ir?

—¡Ay, nó, Papacito! Yo le afirmo que en ninguna parte del mundo estaré mejor que aquí. ¿Dice Ud. que estoy triste? verdad; un poquito, porque estaba pensando en el Espíritu del Río; me apena no saber donde pasa la noche...

¡Mentira enorme! ya sabemos en quién pensaba ella. ¿Irse á Río Janeiro? ¡ni soñarlo! entonces perdía la esperanza alentadora, de volver á verlo.....

Desde aquel momento comenzó á demostrar gran vivacidad y alegría; tanto, que Soldevilla se dijo:

—Es tan joven, que realmente se habrá afectado con la vista de ese anciano..... el cual es posible que tenga algún agujero microscópico donde pasará su vida haciendo penitencia.

Al día siguiente dijo la joven que no tenía deseo de salir y sentóse al lado de Papacito, á oír la lectura de periódicos europeos, que doña Antonia tenía cuidado de revistar todos los días para distraer al enfermo. Aquella tarde, después de terminar los diarios, Armida estuvo ocurrente y tan alegre, que don Guillermo estaba encantado.—¡Si adivinara el porvenir.....!

Al día siguiente, á la hora de su acostumbrado paseo, dijo la joven:

—Papacito, estoy ya tan acostumbrada á mi baya que me obliga á pasearla todos los días. Adiós, hasta pronto. Y saltando sobre la silla partió al galope.—Hasta pronto, has dicho? ¡Ah! el después pertenece á lo desconocido!!

No fué á los ranchos, sino á orillas del río, donde guió el galope de la bestia.

El fingimiento, el disimulo, eran plantas exóticas que

no arraigaban en ese corazón leal. La violencia que á sí misma se impuso el día anterior, hízola encaminar al sitio solitario donde sin necesidad de doblez podía espaciar su pena que ya iba haciéndose insoportable. Dejó la baya suelta como solía, sentándose después al pié del árbol centenario. A su mente acudieron ideas tristes. . . . pensó en su excelente bienhechor, reprochándose el gran sentimiento que la dominaba. ¿Y por qué no podría ella reprimir ese malestar. . . . esa ansia constante, de ver y hablar á ese Alberto, que la arrebató su anterior sosiego?

—Sí, sí,—se decía—lucharé; eso es lo que debo hacer, ya lo dijo el Poeta, “Sin lucha no hay gloria,—sin gloria no hay vida,—y el hombre se olvida—de su noble sér”. Pero he aquí, que con la volubilidad de ciertas situaciones anormales, comienza por su cuenta y riesgo á improvisar—mal ó bien—porque no irán al Ateneo—estas rimas—“Tu recuerdo, del mundo en el umbral—vacilante detiene el paso mío—De un futuro dichoso, desconfío. . . .—Fatídico columbro el negro mal—En mi pecho se alzara colosal— Un fantasma de amor! y desvarío—No pudiendo borrar á mi albedrío—Ésa imagen de dicha celestial. . . Por lo visto, la joven trataba de hilvanar algo así como un soneto. Pero no formuló los tercetos, porque creyó oír cierto ruido que la detuvo. . . . Nó, no era nada; sin duda la baya arrancando su pitanza. . . . Y la joven, sintiéndose cada vez más subyugada por aquello mismo que quería olvidar, alzó la voz cantando, con el aire seductor de una rondeña “Yo escucho de la paloma,—el arrullar con su amado—y ese arrullo enamorado—dice, tu amante ya asoma.

¿Fué evocación? ¡Alberto, estaba delante de ella!

La joven se dijo ¿me oiría? y temblaba de manera visible.

¡Vaya si él la oyó! Pero él de todos modos tenía que venir para decirla adiós. La joven se había levantado, apoyándose en el grueso tronco del árbol, porque materialmente se caía.

—Señora, Ud. me perdonará por haberme atrevido á venir aquí; pero me ha sido absolutamente imposible partir sin dar á Ud. mi último adiós.

—¿Cómo, caballero! Se va Ud.?

—Sí, señora; mi padre me aconseja que viaje á ver si puedo, mediante la vista de otros países, mitigar la gran pena que sustento.

—Luego, ¿es Ud. desgraciado?

—¡Mucho señora! Desde el día que la conocí á Ud. no

he vuelto á tener sosiego: he sido verdaderamente infeliz; aunque siempre he tenido algún lenitivo con verla. . . .

Esta vez, como la primera, Armida no le prohibió hablar interponiendo el veto de su deber. Era la única vez que lo veía. . . . que hablara, pues.

—¿Y Ud. se va con gusto á viajar?

—¡Oh, nó! Yo no deseoirme: me conformaría aunque fuera sólo con verla á Ud. de lejos, como lo he hecho siempre. Yo la he visto, la he seguido por todas partes, sin presentarme jamás, porque sus palabras de Ud. resonaron siempre en mi oído: “Mi deber me impide oírle—me dijo, y yo cumplí fielmente su voluntad. Si he faltado hoy es porque no volveré á verla á Ud. ¡talvez nunca!

Armida, presa de profunda pena, exclamó ¡pero por Dios, Alberto! no se vaya Ud!

Así diciendo se cubrió la cara con las manos: por entre sus dedos corrían algunas lágrimas.

El joven, acercándose junto á ella dijo:

—¿Por qué llora? ¿siente mi partida?

—¡Oh, mucho, mucho! Quisiera que no se realizara ese viaje. . . .

—¡Pues bien, Armida! Ya es inútil el disimulo. ¿Si Ud. fuera libre ¿me seguiría?

—¡Sí!—dijo la joven sin pensar—hablando según su alma ¡Sí! ¡le seguiría al cabo del mundo!

—¡Pues ven conmigo, alma mía! Te llevaré donde quieras: soy rico, muy rico. . . . Iremos lejos. . . . Créeme, te amo tanto, que no tengo palabras para expresarte mi amor! ¡Sígueme; seremos dichosos!

—Es preciso, Alberto, contarle mi historia: ha llegado el caso.

Armida refirió las condiciones con que fué realizado su enlace. El móvil que la impulsó á aceptarlo: vivir para acompañar á un anciano enfermo. Después emplear sus millones en alguna obra meritoria.

—¿Y podría yo, Alberto, abandonar á tan noble señor?

—Sí—dijo él—conozco su nobleza, pero se puede obviar escribiéndole una carta en la cual resplandezca el agradecimiento y el cariño filial; devolviéndole, al mismo tiempo, tu escritura dotal. Yo la escribo y tú la firmas ¡mi odarada! El caballero no queda solo: están con él doña Antonia y el esposo. ¿Qué le faltará, pues? Tú, es mucho; ya lo sé; él siente por tí un poco de cariño paternal. . . . mientras que yo te doy mi vida entera. . . . mi corazón, que jamás conoció otro amor que el cariño acendrado hacia mi padre.